

Y cogieron guijarros, para lapidarle.

Del martiano sol que quema y que alumbra, los agradecidos hablan todavía de la luz, los desagradecidos de las manchas. Unos extraen perlas, las arrancan del vientre de los mares, con devoto respeto; otros las pisotearán con saña.

La iglesia es el enemigo. Tiene que serlo. Molesta. Es himno, es canto eterno a la dignidad del ser. Es reto. Al becerro lo forjamos, de oros, porque no habla, no le causa escozor a la concupiscencia, no puede dictarnos mandamientos.

Fue Benedicto, a Cuba, a ver a su madre del alma. A honrarla. A besarla. A abrazarse desesperadamente a la Omnipotencia Suplicante e hincado de rodillas narrarle --ella lo quiere-- lo que Ella ya sabe. Le dijo... que sus hijos sufren, que muchos están presos; que hay damas de audaz blancor, y de esposos a quienes aceradas rejas les vedan abrazarlas; y a otras, madres iguales, de colores celestes, de púrpura y cerezas, las araña el hambre... Le recordó a la Virgen que el Calvario se alza y es tragedia en muchos lares. Quedaba así todo cumplido; que no alcanza más el que más habla, sino el que reza, que pide y toca, y entre preces alza su grito y su denuncia al cielo.

Se volvió, después, a todos los cubanos, con alientos de padre; y les besó, con sus fibras temblando; y les habló de los futuros ciertos, de luminosidades, de reconciliación, del Dios que hace llover sobre buenos y malos y a todos quiere, ¡a todos!, que por todos se le agotó su sangre a chorros derramada. Que no hay pecador, por empedernido que esté, que le niegue su gracia. A todos, sin exclusiones; que Benedicto sabe que si Dios no sostiene, todos de todo somos capaces: no hay vileza de la que pudiéramos librarnos, ni tú ni yo, si la morena Virgen del Cobre, no intercediera. No somos mejores que éste ni que aquél; más soberbios sí, más fariseos. Si el Cristo escribiera en el suelo, se dejarían caer todas esas piedras de afiladas lenguas. Ni tú ni yo somos tan puros, ni tú ni yo somos tan buenos. Ni tú ni yo hemos muerto gritando nada delante de ningún muro; no los usemos. Tampoco podemos usar la Iglesia. A la Iglesia se la sirve, sólo te sirve para servirla; o se la odia si prefieres que el agujón te taladre las coces y los huesos. No es inteligente matar o perseguir a un Cristo, que te retoñan Cristos y más Cristos por todos lados.

No hay que escandalizarse si estrecha manos manchadas de sangre. La tuyas y las mías muestran manchas de lepra. Es Papa y es padre; y más padre y más Papa mientras más redención necesite cualquiera. Los puros muy puros no necesitan de esa redención, pueden forjársela ellos mismos. De lepra y sin ascos. Ascos provoca aquél que a otro hombre, no importa cuán infame lo juzgue y lo sea, lo viste de ascos. ¿Te causa revulsión el Nazareno rodeado de prostitutas y de aquéllos que le servían de testaferreros al tirano romano? No sólo le habló y le tendió la mano al peor de ellos, al extorsionador, ladrón y jefe, al vil Zaqueo, sino que se alojó en su casa.

Vio a los que pudo, no vio a los que no pudo. No es la necesidad, la posibilidad es el cimiento. Es Papa, no mago. Algo sí hizo: los abrazó a todos en su pecho, y les aseguró -- y lo hizo--, que por todos rezaba. Tuvo frase muy duras contra todo opresor, anatematizó al esclavizador. Colocó muchos puntos sobre muchas íes. Abordó los temas más delicados, sin insultar, sin ofender a nadie. No es carretonero. No dijo groserías, no sabe hacerlo. Es estadista --político tampoco-- de una microscópica ciudad-estado de la

cual es obispo. Es teólogo, y pianista, y escritor. Es grande. Es inmenso. Y es sencillo y bueno. Es, ante todo, un santo. Y yo, un pigmeo.

Hablaba Unamuno de los caballeros que iban al rescate del sepulcro del Quijote, por muchos caminos paralelos. Se saben, todos, andando, los unos con los otros abrazados, aunque no se vean, las miradas altivas, las corazas son corazas de aceros. No necesitan reunirse, lo están, se saben. No necesitan ni mirarse ni hablarse, ni que los vean juntos, ni que les digamos, ni que les dictemos. Cabalgan guerreando, clavan picas, espadas toledanas, y van hacia la misma estrella. Sin que asintamos, sin que lo aprobemos.

Vino para ellos. A darles esperanza, a robustecer su fe, a dales su cariño, a que lo sintieran. Vino a ampliarles su espacio y sus fuerzas, y las fuerzas de sus sueños. Y pidió más Misas, y pidió escuelas: que se siembre a Cristo, y que le den los niños. Y con eso basta. ¿O no se entiende? Vino a quedarse, como quedó Juan Pablo, como un amigo.

Todo lo anterior no quita que haya quien se decida a ir a donde él pisó —se puede: está a la distancia de un boleto de avión—, a los mismísimos lugares donde él se irguió, y grite y vocifere lo que él no gritó ni vociferó. ¡Vaya si se puede!, que echando mano al refranero español, y subidos un poco al carretón, nos viene a la memoria aquello de que el que tiene boca, no manda a soplar.

Jorge Arrastía